

## MI CAPITÁN

*Por MANUEL OLIVENCIA*

Le llamaba “mi Capitán”... Era el empleo con el que le había conocido y el que, a fuerza de oírlo unido a su nombre, se me quedó en la memoria para siempre: “El Capitán Ayudante, Enrique de la Vega Viguera”. Cada una de las ciento ochenta noches del Campamento de la IPS, la “Milicia Universitaria”, en Montejaque, tras la ajetreada jornada de faena, sonaban ese empleo y ese nombre por el “tubo”, la megafonía rústica a través de la cual se transmitían el “orden de la unidad” y las sanciones impuestas a sargentos y aspirantes: “corrección, prevención...”. Bajo la cúpula estrellada de la serranía de Ronda, ahora arruinada por la “contaminación lumínica”, esperábamos, sentados sobre la tierra, el diario mensaje, de “orden” y de “unidad”, cerrado siempre con la monotonía de un soniquete: “El Capitán Ayudante, Enrique de la Vega Viguera”.

Hablo de los años 48 y 50. El Capitán Ayudante del Coronel Jefe de la Unidad era un joven soldado... “Soldado” y “Capitán” son las más bellas denominaciones de la milicia. “Soldado” lo es siempre el militar, por muchos peldaños que suba en la escala – “escalilla”, le dicen, en diminutivo-, desde el “raso” hasta el de más “entorchados”, porque ese es el nombre que expresa permanencia en la carrera de las armas, vocación y constancia en su servicio. “Capitán” es el empleo por antonomasia, el que está al frente de la tropa, en cabeza. Por eso es el que se elige para deno-

minar a los héroes legendarios, más que los de superior graduación –comandante, teniente coronel, coronel...-, hasta el punto de que incluso define el más alto grado del generalato: “Capitán General”.

Así le llamaba a veces: “Capitán General”, porque se había ganado el ascenso en mi particular “escalilla” de valores y por méritos de paz, desde que le conocí –gorrillo cuartelero y camisa arremangada en traje de faena- por las cuestas de Montejaque. Ya era él un Capitán legendario: artillero, con ese sello propio de especialidad profesional que tienen los de esta arma; muy cercano al mando, “a un cuerpo de caballo”, que es la unidad en que se mide la distancia que debe separar al Ayudante del superior a cuyas órdenes inmediatas está; curtido en dos guerras, en la civil y en la mundial, en ésta en el frente de Rusia, con la División Azul; profesor de gimnasia, esbelto, enjuto, cabeza alta y mentón saliente, tez bronceada por el sol y los aires serranos de aquellos veraneos castrenses. Era un personaje simpático en aquel enjambre, paradójicamente monocolor pero variopinto, de la tropa acampada a la margen izquierda del Gualdalcobacín. Los “milicios” veíamos en él más un protector que un “hueso”, pese a que su firma suscribía el parte de castigos. Era, y siempre lo fue, un buen Capitán y un Capitán bueno.

Siendo yo aspirante, el primer verano de aquella durísima instrucción, acaeció algo que iba a marcar el origen de una relación personal, que con los años llegaría a ser de entrañable amistad. Una tarde, tras las “teóricas” a la sombra de una encina como aula, a la hora del “paseo”, sonó mi nombre por el “tubo”: “Caballero Aspirante Manuel Olivencia Ruiz, preséntese en el puesto de mando”. Sorprendido y preocupado por aquella insólita llamada, acudí más que veloz, a paso ligero desde mi Compañía a las modestas construcciones ampulosamente denominadas “puesto de mando”, junto a la “plaza de armas”. El policía militar de servicio, tras identificarme, me condujo a la presencia del Capitán Ayundante. Cuadrado y en primer tiempo de saludo, me puse a sus órdenes y me presenté. Era la primera vez que hablaba con el Capitán de la Vega Viguera. Ni los protagonistas de aquella escena castrense ni ningún espectador pudieron sospechar que aquel saludo se cruzaba entre quienes treinta y cinco años más tarde iban a ser compañeros de Academia y amigos entrañables. Mi superior me ordenó ama-

blemente que bajase la mano de la posición de saludo y me anunció el motivo de la llamada: el Coronel quería hablar conmigo. Mi inquietud, lejos de disiparse, aumentó. El Capitán Ayudante me llevó ante el Jefe de la Unidad y me presentó. El Coronel Matamoros era persona afable y educada, de bondadoso carácter, que no respondía a lo belicoso de su apellido. Un leve temblor alteraba la inmovilidad exigida en mi posición de “firmes”, lo que no debió de pasar inadvertido al veterano soldado. Acentuando su amabilidad, me ordenó que descansase y, por fin, me explicó el motivo de la llamada, mientras el Ayudante asistía a la escena –a un cuerpo de caballo- con una sonrisa tranquilizadora.

Aquella mañana, el Coronel y su Ayudante habían recorrido a caballo los alrededores del Campamento, preparando alguna marcha o un levantamiento topográfico. El “ciego sol” –“polvo, sudor y hierro”, como en los versos de Machado, Don Manuel- provocó la sed y la fatiga del Coronel. Fue su Ayudante quien le indicó el lugar que creyó más propicio para beber agua y descansar unos minutos. Señaló una cercana y bella casa, de noble planta, rodeada de jardines y del verde frescor de una huerta. La airosa espadaña de una capilla sobresalía entre la arboleda y sirvió de referencia para identificar el lugar, al que los caballeros se dirigieron. Al llegar a la verja que acotaba la finca, vieron a una señora que, sentada a la sombra de una parra, hacía labores. El ama de la casa atendió la humilde petición de los jinetes; les invitó a pasar, les ofreció asiento a la sombra y sacó de la casa una bandeja con una jarra de agua fresca, de la fuente de Dom Pío, y dos vasos. El Coronel y su Ayudante creyeron encontrarse en un oasis. Cuando en la conversación surgió la referencia al destino militar de los ocasionales huéspedes, la anfitriona comentó: “Yo tengo en ese Campamento a un hijo...”

Por orden del Coronel, el Ayudante tomó nota del nombre y del destino del joven infante (Manuel Olivencia Ruiz, Caballero Aspirante, 2ª Cía., 1er Bon) y de hacerle una inmediata llamada. La hizo aquella misma tarde, para agradecerme la hospitalidad de mi madre y para preguntarme si algo necesitaba.

Quiero añadir que aquella ingenua anécdota no sirvió para ahorrarme ni una fatiga ni dispensarme el más mínimo trato de favor. Dicho sea en honor de mis superiores y de mi superiora, que

no buscó con aquel vaso de agua el “tráfico de influencia”, sino ejercer algo que en ella era, más que natural, esencial: su hospitalidad, su generosidad en la sencilla pero cordial acogida al huésped, con independencia de su rango o jerarquía, y hasta la gozosa disposición con que practicaba las obras de misericordia: “dar de beber al sediento”, en aquel caso.

Nunca olvidó Enrique de la Vega aquella fugaz escena; siempre me la narraba con deleite en los detalles y, lo que para mí era más grato, con elogios a la buena samaritana y a su casa rondeña al sitio de Fuente la Higuera. Fue el origen de nuestro conocimiento y de la amistad que creció entre nosotros con los años. Mi Capitán evocaba la lejana historia con recuerdos de los que me hacía partícipe. Conservo en el lugar del encuentro, dedicado con su firma, un plano militar del terreno en el que se localizan el Campamento y mi casa, entre la Sierra de la Sanguijuela y el río Guadalcobacín. Me queda, con la grata memoria de la anécdota, el mal remordimiento de no haber cumplido la promesa que tantas veces le hice y con tanto entusiasmo acogió siempre Enrique: llevarlo al lugar de los hechos, a que viera la casa que mi hermano y yo habíamos restaurado al herederla de nuestra madre, y a ofrecerle el homenaje de un vaso de agua fresca. Siempre ocupado en cosas que me parecían más urgentes, pero eran mucho menos importantes, no cumplí aquella promesa, sucesivamente aplazada... hasta que él se fue a beber el agua que da la vida eterna.

En esa ingenua anécdota, veo la expresión de un rasgo esencial del carácter de Enrique: su ingenuidad. La bondad linda en su límite extremo con la ingenuidad, la bondad suma, la ausencia de todo mal. Quizás por eso, la expresión tiene hoy un sentido despectivo, cuando se valora la “agresividad”, la habilidad en el engaño, la eficacia a ultranza. Prefiero la acepción originaria del vocablo: “ingenuo” es el hombre libre, no esclavo de intereses, honrado, honesto, sincero. Eso fue siempre Enrique, mi Capitán, un hombre ingenuamente fiel a sus propias convicciones, que no se sometió a conveniencias ni a dobleces. En mi última carta, respuesta y agradecimiento a su último libro, le decía irónicamente: “Mi querido Capitán: ¡Tú siempre nadando a favor de la corriente...!” Nunca se dejó llevar por las corrientes ni cambió de camisa. Yo siempre lo veía con aquella de algodón caqui, color de polvo, en la tierra seca

del verano rondeño, la “galleta” en el lado del corazón, con la bomba esférica encendida en llamas del escudo artillero y las tres estrellas de Capitán. Cambiaron las puntas de las estrellas por las de Coronel; pero él no cambió su viejo uniforme, del que hizo su nuevo traje académico. No mudó de camisa ni de guerrera. Él fue su propio uniforme: siempre igual y conforme a sí mismo, sin mudanzas ni dobleces.

Supo servir a las armas con la pluma y lo hizo con la grandeza de la sencillez, que no de la simplicidad. Historiador de la artillería y de Sevilla, de la artillería en Sevilla, sus dos grandes vocaciones le trajeron a esta Casa, en la línea de una larga tradición de militares académicos. No sólo aportó a la Corporación sus saberes, sino su estilo, el rico caudal de las virtudes castrenses, el honor, la disciplina, el espíritu de servicio... Sirvió a la Academia como miembro y desde cargos de gobierno con esa entrega desinteresada con que el buen soldado cumple sus obligaciones.

Y con amor. Enrique de la Vega era un hombre de sentimientos nobles y, de entre ellos, del amor. A su familia, a sus amigos, a los “suyos”. Y los suyos eran su Patria, su Religión, su Credo.

Era mi Capitán. Un buen Capitán, un Capitán bueno.